

Biblioteca Tabasqueña del Bicentenario

LA IMPACIENCIA DE LA HOGUERA



Beatriz Pérez Pereda

JCB Premio Tabasco de Poesía
José Carlos Becerra 2009



Beatriz Pérez Pereda.

(Villahermosa, Tabasco, 1983.)

Obtuvo el Premio de Poesía Rosario Castellanos convocado por la Universidad Autónoma de Yucatán en el 2005, el Primer Lugar en el Certamen Estatal de Poesía de Tabasco 2001, becaria del FECAT en el 2004 y 2007 y Flor de Plata en los Juegos Florales de la Universidad de San Luis Potosí en el 2007, es ganadora del premio José Carlos Becerra de poesía 2010, convocado por el Instituto de Cultura de Tabasco.

Aparece en las siguientes antologías: *IV Juegos Literarios de la Universidad Autónoma de Yucatán*, *La mujer Rota*, *Verbo Cirio X*, ambas editadas por Literaria, 2008, y tiene publicadas las plaquetas *La Loca de Berlín* editada por el Laboratorio de Talleres de Orizaba Veracruz y *Trópico de ausencias* por GUESA Ediciones.

LA IMPACIENCIA DE LA HOGUERA

Beatriz Pérez Pereda

La impaciencia de la hoguera

ISBN: 978-607-7758-31-0

Primera edición en México, diciembre de 2010.

D. R. © Gobierno del Estado de Tabasco.

Instituto Estatal de Cultura de Tabasco.

Calle Andrés Sánchez Magallanes. Número 1124.

Fraccionamiento Portal del Agua.

Colonia Centro. Código postal 86000.

Villahermosa, Tabasco. México.

Erik Guerrero: diseño editorial.

Jurado calificador del Premio Tabasco de Poesía José Carlos Becerra

2009: Isidoro Villator, Jorge Priego Martínez, Mario Islasáinz

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, total o parcialmente, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y manipulación de esta obra sin previa autorización del editor, de acuerdo con lo establecido en el Código Penal en materia de derechos de la propiedad intelectual.

Impreso y hecho en México.

LA IMPACIENCIA DE LA HOGUERA

Beatriz Pérez Pereda

Premio Tabasco de Poesía
José Carlos Becerra 2009

LA IMPACIENCIA DE LA HOGUERA

*Espero una carta aún no escrita
donde el olvido me nombre su heredero.*

José Carlos Becerra

*No sé de dónde emigras,
porque hay océanos que el alma inventa.*

Jorge Fernández Granados

He buscado por la ciudad una de esas ferias donde te puedes disfrazar y en un fondo antiguo te sacan una foto en color sepia. No sé bien por qué, pero quiero enviarte una foto así, con la mirada de un tiempo cuando los barcos partían arrogantes, con una inclinación proporcional a la soledad de su timón. Tampoco sé por qué me gustan los barcos y me parecen palomas hartas de la palabrería del viento.

Busco el lugar para tomarme la foto, para pretender que somos amantes en un siglo blanco y negro, sin grises que contraríen lo absoluto del rencor o la ternura, para contar que estás en una guerra y tu talismán es un relicario con mi cabello dentro. Historias del tipo de las novelas rosa que leemos en privado.

Quiero tomarme esa foto, ponerla en un sobre que huelga a maple o al cabello de esa niña que nos rozó el hombro en la infancia y firmarla con una sola inicial que se confunda con un golpe de geranios.

Quiero tomarme esa foto para que la lleves en un compartimento secreto de tus ojos. Necesito encontrar ese lugar. Es urgente.

Las cartas son barcos de papel. Yo te escribo.

En el correo me preguntaron por el puerto del destinatario y tuve que volver a mi cuarto con las cartas, sentarme de nuevo frente al escritorio, sin otro cambio salvo que los sobres están ajados y mi ignorancia se ha hecho más grande.

Sé de ti tus zapatos azules, tus pies de mármol, que aprendiste a pintar a la luz de los faros y no imaginabas los presagios que traerían los pelícanos que devoran las sobras de la mañana.

También supe, mientras cerrabas los ojos, de los temblores de tu piel, que en realidad prefieres hablar cuando nadie escucha y tu predilección por las películas donde los viajeros son felices.

Sé todo esto, sé hasta la inscripción que circunda el único lunar de tu cuerpo.

No sé a dónde enviarte estas cartas.

Hablaste de un lugar donde los caminos te pierden hacia la única casa donde no habría que tocar. Tienes que aprender a guiarte por el ruido de una maquina de escribir, una Sholes and Glidden de 1873, como si fuera un mapa en morse o el pulso de una estrella que te llevará a la incandescente presencia de lo amado.

En ese lugar, no recordabas si lejos o cerca del mar, nadie sabe el nombre del otro, pero todos voltean al oír un silbido agudo y salado que los hace pensar que en otro tiempo, ahí habitaron barcos que presumían nombres de personas en su costado.

La música surge -dijiste- del encuentro de objetos inusitados, de un dedal y una canica, del beso entre un guante que conserva la forma de un deseo y un pájaro detenido en el momento de comprender la palabra vuelo. Como un aroma que encuentra la piel que lo define.

Hablaste de un lugar... Ahí debería dirigir mis cartas.

Hoy salí a conseguir manzanas rojas como un beso. En la calle una señora quiso ver mi relicario, se lo mostré y ha mirado largamente tu foto.

Preguntó por ti y asumí la otra versión, le dije que estás en una guerra y nuestras cartas son el último reducto donde triunfa la cordura. Le confié que aquí los días son desdentados, tuertos o mancos porque tú faltas, que seguro duermes poco, comes menos y tus manos de músico no entienden el bullicio de la pólvora y es difícil enviar mis besos *porque hay aves que los emboscan en el cielo*, donde hay tragedias tan pequeñas que ocurren al interior de un zapato.

Le confesé tatuaste mi inicial en la planta de tu pie para que ciego o sin memoria encuentres el camino hacia mi cuerpo. Que tú, mi amado, libras batallas de humo absolutamente silenciosas y tal vez mañana o pasado o algún día olvidado, empezarás a empacar tus cosas, a despedirte del rencor que sostiene el orden de tus venas.

Le he dicho que iremos a visitarla, que la guerra casi acaba, que volverás pronto, muy pronto, ¿verdad?

Lucía mimó su angustia durante treinta y seis años, no sabía que la tristeza es una fiera que no entiende de halagos. No hay una foto de ella, temía al ojo que embelesa almas y vuelve torpes los pies sobre los riscos.

Todo de ella es fabulación, pudo haber tenido seis dedos, un tercer ojo, ser calva y faltarle varios dientes, o pudo ser, algunos lo afirman, bella como una muerte que no alardea de sí misma. No existe imagen para desmentirla.

Dicen se levantó y cambió las cortinas, dicen su cabello bastaba para amarla, dicen era silenciosa como el agua que vigila los sueños del ahogado y sus vestidos parecían sujetarla de ese viaje que desde la infancia había iniciado.

Dicen, apuró de un vaso el orden que reclamaban sus piernas. Dicen, la fiera le devolvió un mimo, un halago.

Yo casi me llamo Lucía. Lucía era mi abuela

El exilio es terrible para quien sabe a dónde pertenece. Yo pertenezco a tus manos de cardos y pianolas, a la caminata que emprendes y tu nostalgia tuerce al mar, al boleto de tren que guardas al final de la cartera como el salvoconducto a una realidad menos azul.

Yo pertenezco a la cámara detrás de tus ojos donde un reloj, fijo a las nueve de un domingo, pregunta cuándo iniciará el día en que ya no piense en extrañarte.

Hoy me tomé la foto. Es como la pensé, sepia y de forma vertical.

Uso un vestido largo de seda malva y encaje crudo (tengo que describírtelo, recuerda, el sepia es un ojo avaro de colores).

Llevo guantes de satín hasta los codos, cerrados en una hilera de de gotas dulces y claras. Luzco un collar de perlas que me recomendaron para la mala suerte: no he aprendido a lidiar con una felicidad sin marcas.

Mis zapatos son blancos como la infancia de los elegidos, como el azoro de mi corazón, del que aún no salgo.

Estoy sentada en una sala y el tapiz es de flores cercanas a septiembre. Mi cabello suelto es el único signo que me delata como polizante de esta época.

La espalda muy recta me pidió el fotógrafo, que mirara más allá de la lente y tuviera un recuerdo feliz.

Yo miré hacia donde un navío espera para llevarme al faro escondido en tus ojos. Recuerdo amable no tuve, tampoco he aprendido a confiar en los finales felices.

Hoy me di cuenta que hay espejos para casi todo, espejos donde el miedo toma el tamaño más alarmante de una cintura, algunos donde me comprimo hasta ser una gota amarga de mí, o que reflejan, preocupados, la delgadez de mi cordura.

Pero hay otros que sólo reflejan los días despejados de mi frente. De cristales así están hechos tus ojos.

Un sueño: el mar, un puerto, quizás el mismo que su nombre desconozco y por eso mis cartas no llegan. Un tigre viene hacia a mí, con restos de un azul más profundo que el suspiro de la espuma. Un tigre que trae uncido a su pelo la nostalgia de una muchacha ahogada. Un tigre sin hambre, que espera ver en mis ojos las cadenas y el fuego que él confunde con su hogar.

Me acerco y tal vez el miedo de las olas escarcha la sal y el griterío de las nubes vuelve escasos mis gestos. Me acerco y de repente sé, presentimiento, que los tigres son óleos de agua estriados de furia, espejos que ante otros tigres se confiesan.

Tal vez no hemos nacido aún y navego libre de lastre en mi costado y no existen guerras, desmemorias ni relojes que hagan verosímil la lejanía.

Si no hemos nacido aún, es inútil llevar mi mano al cuello y palpar el relicario con tu foto, buscar entre los cadáveres del día uno que tenga en sus pies mi nombre tatuado.

Tal vez no ha sido el día ni las escaleras a donde llegamos puntuales, guiados por el aturdimiento. Entonces no existe la fotografía de mi nostalgia, la que será en sepia, porque la espera es una piel marchita.

Sospecho algún otro yo asume las historias que empiezo a creer y transfiero a mis cartas. Sospecho, mi tenue realidad ha empezado a incomodarse.

Nada de esto es cierto (te lo digo bajo porque la realidad también tiene mil oídos), pero hay que aparentar indiferencia y mesura, hay que fingir que alumbramos aún después de muertos, como las estrellas y su farsa, magníficamente interpretada.

Miro el muelle, barcos como amantes indecisos a partir. El río, personas que pasean junto a árboles de un color que el sueño ha distraído. Sus conversaciones son muecas frente a un muro cabizbajo.

En estas calles están los almendros que tú confundes con una ciudad difícil, inexpugnable, como los labios de una mujer que ha dicho a medias nuestro nombre.

¿La hora? No sé, no hay aves que midan el crecimiento de la noche, sólo la respiración calma de esa ola que se gesta en mi impaciencia.

Aprecio las bondades de no saber hoy de ti, ni romper el hechizo que sostengo sobre andamios de papel bond y tinta negra.

Miro el muelle, un barco pequeñísimo y lejano, en fuga de la imagen en que me concentro para estar en otra realidad, fuera de ésta, donde tampoco existes. Alguien mira sobre mi hombro para suplir una ausencia.

¿Ya te dije que estás palabras ocurren mientras llueve? Sí, pero adivina quién mira la lluvia y quién se moja en ella.

Hoy ni siquiera el tedio suficiente para llenar una hoja. Aún recuerdo el miedo. Mi infancia tiene un almendro justo a la puerta de la casa y la campana del heladero a las cinco de la tarde. Lluvias como no he vuelto a temer y un relámpago que dejó a oscuras muchas calles, muchas venas, varios años. Los sauces entonces parecían estar en un cuadro recién pintado, olvidado afuera en el aguacero.

Junto al asombro de la lluvia descubrí la sangre, un aroma nauseabundo saliendo de mi pulgar izquierdo (quizás las hormigas pudriéndose al interior de las piedras que alguien amarró a mi corazón...) Horror, embeleso, un temblor inconfesado en las piernas.

Reconozco como se han hecho más pesadas las piedras que siguen amarradas en su sitio. Hoy el tedio no es suficiente y aún tengo miedo a morir.

Mejor vivir en mis cartas. Desde el interior la peste brota y marchita el aire. Mejor aquí, entre los límites de lo blanco, a resguardo con las desconfiadas palabras nunca vencidas en su inexpugnable sustancia.

Aquí, en esta blancura de hielo estático, iceberg peligrosísimo para los que naufragamos en el centro de un relámpago. Aquí, oscuridad intuida por su redondel de luz.

No abandonar la blancura, mejor resistir, temblorosos los dientes, débiles las piernas, los ojos reclamando sueño, prendiendo hogueras a la bestia indecisa que cambia de nombre a diario.

Mejor vivir aquí, entre mis cartas, en la confiable medida del azar en mis manos que construyen mundos sin dioses celosos.

Estás herido. Las últimas de ese correo aplazado, tardío siempre por la espuma, te anuncian en las convalecencias de una herida dolorosa como un telegrama inútil por destiempo.

Herido. Las batallas de humo son las más peligrosas, sin visibilidad, terminamos apuntándonos en la cien y a quién culpar cuando la mano conoce el error y lo consiente.

¿Qué hacer desde aquí donde no sólo *las aves viajan dormidas* sino también los almendros que han decidido no constatar tu ausencia? No hay barcos dispuestos a ir a donde estás, porque en las cartas náuticas no parece tu nombre, ni latitud y longitud que se crucen para señalar los minutos exactos de tus ojos. Será mejor escuchar, tu cuerpo es el lugar de inusitados encuentros y canciones oscuras como barcas clandestinas se pautan en él. Escuchar la armonía de la sal que estima el punto de adiós a los amantes o el cuchicheo de las nubes que lo saben todo en el gris de sus entrañas.

Escuchar, porque en mi sangre, está la correspondencia de la tuya.

Extraño tu sexo, tu silencio brillante como un fruto que se resiste a abandonar el árbol. Extraño lo dúctil de tus manos, el tono único de tu piel al desnudarse. Extraño tu sueño lleno de rarezas, tu respiración que afina los aullidos del alba y sincroniza las mareas y es advertencia para krakens.

Extraño tu sexo, *los naranjos que conquistan el mundo desde tus piernas*, tu rostro que enarbolan los veleros del insomnio, tus manos, otra vez tus manos, que cubren una ciudad entera.

Todo comienza porque extraño tu sexo.

Cada vez son más tus ojos los que aparecen en el reflejo y es más nítida la marca de tu mueca en la mejilla. Paso mucho tiempo mirándome al espejo, y es que recordé que Oliveira *leyó que un pez solo en su pecera se entristece y entonces basta ponerle un espejo y el pez vuelve a estar contento...*

Me despierta un árbol en escarceos con el viento. Alguien, a la distancia, dice tu nombre. Alguien, en otras horas, toca tu piel. Lo sé porque los jazmines se miran exaltados.

El perro de la casa sin color murió. Cuando volví, de su vientre flaco colgaba un tumor. No conocí su nombre pero fue el único perro que nunca me ladró.

¿Cuántos besos he perdido en los muelles?
Siempre hay razones para irse y arrepentimientos para volver.
¿A cuántos andenes he llegado tarde?

Estoy ocupada observando al interior que apenas noté tu falta en el dolor amarillo de la mañana y empiezo a extrañarte.

Me sincero, soy yo quien ha dicho tu nombre, desconozco las señales mínimas de todos los árboles y fue mi deseo el que manchó tu cuerpo con el color lujurioso de una bugambilia.

Soy un peatón en una calle triste, de un sólo sentido y semáforos en rojo. Si te interesa, voy a doblar en la siguiente esquina, me detendré a mirar absorta la primera puerta que no me inspire desconfianza. Voy a mirar mucho rato, hasta que los meridianos coincidan en los relojes. Te estoy proponiendo una cita. Te espero.

Despierto convencida de haberte soñado. Inicio la búsqueda. Las calles enmudecen, son cómplices del tiempo que seduce a los relojes para que ocurra la nada. Mi desesperación es un simple reflejo que se confunde en las ventanas.

No servirían los anuncios, tu rostro es una clave oscura, un vaso que nunca contendrá agua. No serviría ir de casa en casa, si al abrir la puerta sólo ven árboles cayendo.

Lo mejor es actuar una demencia distinta, preguntar a las bancas que soportaron nuestra anacrónica ternura, sobre todo doblar muchas esquinas, provocar el absurdo.

Gritar tu nombre, aunque nadie responda con el mío.

Yo soy la que espera en los columpios de un parque, en el destierro más áspero que el amor confiere, en la última silla del café, a que alguien pase y pregunte tu nombre y ponga en mi boca un recuerdo tuyo

En la absoluta convicción de que tus ojos son un caos cayendo desde la nostalgia, de que la espera es siamesa de la locura o el costal donde la distancia y el deseo son gatos encerrados, te espero.

El deseo viene con ruidos que se desbaratan en lenta caída hasta el estruendo y nos cercan en una esquina, temerosos de todo lo demás que se derrumba.

Una locomotora dando vueltas en la oreja, esa llama que aún embalada entre dos cristales parpadea.

Caravana de fieras enquistadas por la espera, espinas furiosas contra el cielo y los ojos nublados de una niña que sospecha no habrá inmortalidad para ofrecer su pecho a las dagas y venenos.

Palabra con olor a muñeca hábilmente maquillada, a cuchillo envuelto en terciopelo.

La tristeza, que entre sus antepasados tiene las más estridentes notas del deseo, un caos de gabardina ajada y manos sucias.

Ha vuelto a llover, está muy dicho, pero la lluvia es así, repetida, como el miedo o las ganas de besar los labios que nos explicaron la tarde en una bocanada.

Desde el interior de las fotografías llueve. Llueve hasta diluir las sonrisas corteses y los buenos días apretados, hasta dejar una confusión de blancos y negros y rostros corridos que no recuerdan la última palabra dicha al acostarse.

Ha vuelto a llover y no hay en mi cuerpo un pedazo de suelo agradecido. Las aves vuelan en círculo sin encontrar el próximo puerto que no pida cartilla de mar para afianzarse. Las nubes, cómplices uniformadas, se cierran hombro a hombro, satisfechas del designio en sus vientres.

A bordo de un barco no debe importar la lluvia. A bordo de un tren no deben conocer sus señas. Habría que dormir sin la culpa del ocio, sacudir los días hasta vaciar el insoportable ruido de una calle vacía o el ademán de una mano que intenta asir a otra en la bruma.

La lluvia que se escribe en una partitura de réquiem y nos deja

solos detrás de una ventana, inverosímil de tan diáfana.
Ignorarla, darle la espalda, habría que mostrar la lengua seca,
ávida de la saliva que la envidia de las olas retrasa.

Un anagrama para decir que llueve, y en verdad creer que no
pasa.

Y de qué servirá la ira de golpear unos cuadernos, si nada de lo que sucede en esta cárcel irrumpe en la claridad meticulosa, en el orden pactado a escondidas que tus manos allá, donde un barco entra como un animal antiguo, sostienen como un náufrago la última bengala. Si la rabia que soltaste sólo a mí consume y merodea heridas ya cerradas.

De qué servirá, si el estruendo o el silencio, por ti, responden con la misma ofensa.

Un sordo compone para mí la escala del silencio, usa la desconfianza de tu sueño, tu nombre de ocho octavas, el no iracundo de una nube gris como el arrepentimiento.

Ese sordo que la compone para mí, abre un agujero en la silueta que dejaste, invitación al insomnio, y la pone ahí, seguro de opacar el ruido.

Pero todo es inútil, si la escala del silencio, se ajusta a la delgadez de tu cordura, si camina descalza en tus pies, *bellos como una alondra* y se pauta en tus manos de cardos y pianolas.

Pienso tu cuerpo. La fosforescencia de tus pecas: peces inauditos en la espuma.

Pienso tu cuerpo, construyo geometrías desesperantes, muros donde la mirada coloca pájaros embelesados.

Pronuncio tu cuerpo, nota de queja en la garganta.

Tu cuerpo, piedra contra tallo dúctil.

Tu cuerpo, trinos agridulces en la noche.

Peces airados, tu cuerpo, pienso.

Toda mi vida un almendro. La lluvia ha aprendido la taquicardia de mi corazón. La lluvia y sus giros de bailarina hipnotizada.

El peso de tus pies de mármol en mi sangre, las huellas que dejan en las avenidas grandísimas de la nostalgia. Tus pies que rechazan la lección repetida por la soledad.

La hondura de tus pies sobre la lluvia que ha caído de los malabares de dioses hartos de la inutilidad de sus designios.

La lluvia está soñándonos *dijiste*, una nube viaja con su desamor acuestas, un campo de pupilas nos mira como si por primera vez conociera el error.

La lluvia está soñándonos, un adagio oscuro asalta tus manos y brotan árboles brumosos, flores con el corazón a dentelladas, grises que envilecen la lejanía.

Y vamos en este sueño, infantes incautos sonriendo a la tormenta, sordos a los truenos que vaticinan el desastre.

Es casi abril, en estas horas lo único con movimiento es el humo que huye hacia un lugar más amable, fuera del techo que contiene mi nostalgia.

Casi abril y nada cambia, mis piernas duelen, todo es temblor, incertidumbre, una gota fría en la llama de la espera. Nada suena y los caminos no devuelven algo conocido, no hay una cita, alguien que pida por mí y deje velas en los pasillos para guiar mi deseo.

Es casi abril y no hay una carta tuya que indique que de verdad casi es abril

Los perros callan, nada retorna, ni el humo, mis manos arden y *es difícil escribir cuando te extraño.*

No estás, lo pienso, tampoco estoy yo sino un manojo de violetas tristes como muchacha ahogada

Todo huye, me abandonan *a la siempre recuperable soledad*, al olvido castigado en tus ojos.

No estás, es casi abril, la juventud derrochada en títubeos
saluda a los trenes desde una pared blanca y sin ventanas.

Nada suena, salvo las piedras de mi corazón, sonaja que atrae el
descuido de un cuchillo.

Extraño las lluvias de febrero, tus manos azules, tus manos de
músico silencioso, tus manos de cálidos metales. Tus manos,
arrebataadas, carniceras, volátiles, tus manos, tú ¿No estás?
¿Abril? ¿Dónde?

Para que no me repitas en ningún otro cuerpo, ni me pintes en un óleo parchado de convalecencias, uso una escafandra como antídoto y corto mis uñas para que no rasguen el tambor de la desesperación.

Para que no escuches mi grito de ahogado, mi oración de prófugo, la mendicidad de mi deseo huérfano, me escondo en un minueto de claves inauditas.

Comparto la quietud de un búho, el anonimato de un ave negra sobre un cuadro de cenizas, para que no me pienses.

Para que tu lejanía se haga pequeña como un lirio que puedo cortar, un ciego compone para mí tres mil vocablos para no nombrarte.

A veces las malas noticias llegan con el silencio, desconocen las urgencias de la piel y las de la sangre necia en su presagio carmín.

No tienen rostro, sólo cabellos rancios donde traen el olvido que nunca aprendemos a usar.

A veces, el silencio dice lo que no queremos oír.

¿Cuántos días van sin saber de ti?

Tengo la visión del deseo como un animal retórico, inamovible,
en algo que hoy llamamos mar.

Regreso, aguardo a que algo venga a lamer los callos de mi
impaciencia.

Mi felicidad se reduce a un sí o un no, a una fecha que no llega.

Y la espera crece junto con el silencio

Y el deseo y los días, inamovibles.

Agoto los recursos: no hay hojas, la tinta está por ausentarse y me obligo a dormir para no revisar el buzón donde cada vez son más escasas tus cartas.

No quiero cerrar otro sobre, lamer más timbres, agregar motivos a la ficción que construyo dentro de un cuaderno.

Hay desvaríos que se alientan de papel y lápiz del dos y medio.

Este podría ser el crimen perfecto, la muerte comienza al borrar el nombre, cuando dejamos de ser destinatarios de cualquier carta en el mundo, cuando ya no más, alguien pensará en nosotros

Ahora sobre el buró hay un libro de transmutaciones. Me intereso en estas cosas: en cuerpos que simulan ser otros cuerpos, o una cortina mal puesta o el cristal roto, nadie sabe desde cuando, de un portarretratos de familia.

Esto también pasa con el tiempo, he sabido en sueños que un día vendrás sin barcos, relicarios o fotos cayéndose de promesas rancias y pondrás en mis ojos un puñado de poemas tristes y fieros como leones enfrentados.

Ahora comprendo, un cuerpo puede tomar la forma de la lluvia y al contacto con la sal volverse un presagio morado (*las cosas de color morado se arrepienten, por regla general, de sus amores de antes*), que casi siempre las botellas esconden brazos de marinos tatuados, que las cucharas por inercia buscan las bocas que besaron y los cuchillos las muñecas a las que abrieron la inocencia.

Cuerpos: palabras que la decir las se apagan.

Transmutaciones: cuerpos que desean ser otros cuerpos, como la palabra oasis en la boca burda del desierto.

La noche, el libro en el buró, y es que la soledad es una alquimista torpe, que anda buscando tu oro, en el metal sin brillo de otros cuerpos.

Caminata a las 5:00

Un perro que ahora es un perro con un tatuaje de llanta

Un zapato rojo, demasiado bello para tener un par

Un hombre para el que no tengo piernas ni rostro, únicamente centro de gravedad

Una pareja que discute con argumentos de saliva

Un niño que imagina la entrada de un barco

Un chiflido en la boca equivocada

Una hoja con manchas, parecidas a los lunares que no tienes.

Presagios. Señales como nubes de colores casi extintos, atados al corazón rígido de amantes que eligieron la locura como armisticio, ¿con quién?

Presagios, indicios de color morado en la sangre, mapas brumosos de una memoria añeja, alerta desde antes que nuestros cuerpos llegaran puntuales, enemigos largamente esperados, que legitiman la vigilia y los giros de cabeza buscando reflejos sospechosos.

Todo comienza al entrar en la caja sin ranuras que mi infancia diseñó para mi angustia. Ahí las muñecas soledad y desencanto presumen sus vestidos y pintan sus mejillas de una nostalgia sin dueño.

Presencias que son avisos de desamparo
Ausencias demasiado orgullosas de su vacío
Presagios: escrituras de hiel que en tu piel mi deseo descarna.

Quién decidió llevar la sal del mar a mis ojos, ponerla en el silencio de pañuelos que se agitan en los muelles o en la mano tímida que se alarga para rozar una mejilla.

Quién la puso sobre mi hombro izquierdo, en el librero que se niega a más páginas en coma, quién la esparció sobre las carreteras que se abren en el insomnio.

Quién, mientras me contengo en esta hoja, no escupe la sal que un dios disfrazó de sangre.

Son las cuatro. Los relojes tienen una marcha inversa a la nostalgia del mundo. Tal vez al avanzar el segundero nos está advirtiéndolo sobre la cita a la que deberíamos llegar tarde, porque esta vez es necesario provocar el desencuentro.

Al coincidir las manecillas un trozo de sal se desprende, una vía estrecha sus rieles y un cuerpo se aparta de la dicha suficiente que es ver latir un pecho.

Son las cuatro, pero en tus manos deben ser otras horas, debe ser de repente, el círculo polar o la madrugada de un tejado que no amanecerá mojado.

Llegó un paquete tuyo, es del tamaño de una caja de zapatos con timbres de paisajes exóticos y una dirección ininteligible.

No he querido abrirlo aún, le doy vueltas como un artefacto extraño, evidencia de un mundo distante. Lo huelo, lo palpo para estar en el mismo lugar donde tus manos.

El papel está maltratado y pienso en todo lo que pasó para llegar aquí, sobre mis piernas. Cuantas veces el cabeceo del barco, la envidia de una ola, estuvo por desatar la impaciencia de lo que contiene esta caja.

Mi deseo también es como esa caja, que no me atrevo a desenvolver.

Observo la caja, su realidad es un pellizco cariñoso, una apuesta que pierdo complacida.

La llamada que al fin me encuentra en casa.

Se asoman de nuevo los barcos. Regreso a mí y saboreo la ficción del paisaje. Afuera los almendros consumen su porción del otoño.

Regreso, todo este tiempo mis ojos midieron la demora de la lluvia, los disparos del sol en el escándalo del mediodía.

Olas adentro se han quedado retratos de feria, cuerpos que no bastaron para aplacar la desbandada de ira en mi deseo, manuscritos que revelan la hondura de una caricia en la piel equivocada, restos de un color que ha visto demasiadas despedidas.

Vuelven los barcos con el escorbuto corrompiendo sus galeras, vuelven sin bitácoras ni brújulas, fletados con la sal insoluta de la espera.

PALACIO A LAS 4 A.M.

Palacio a las 4 a.m.
es una escultura temprana de Giacometti (1932).
Giacometti decía que era la casa soñada para él
y la mujer que amaba.

El día es casi una pintura
casi la sala de la infancia
único lugar donde aún habitan mis hermanos

Toda felicidad es sospechosa
es un espejo a punto de quebrarse

Así encontramos el nuestro en insólitos lugares
y no hay manera de librarnos del estruendo
del reflejo último antes de la grieta
queda sólo la luminosa cicatriz
y la certeza de que otro espejo nos aguarda
en algún otro reino.

Qué difícil la casa
el silencio de los zapatos vacíos
las puertas complacientes a la tristeza

De pared a pared
navego en la espuma que el rencor me arranca
hurgo en la cartera por una moneda
que ponga sol o rostro a mis días

Se apilan en mi vientre ramas secas
chirrían mis uñas sobre la piel del hartazgo.

Palacio a las 4 a.m.

Esta es la casa que sembramos juntos
la que no crece y da frutos invisibles
la hierba mala la ronda
empieza a colarse por debajo de la puerta
por las rendijas que hay entre nosotros dos
ahí se coló la tierra húmeda
donde pensábamos poner flores que se abrieran en alas

Esta es la casa y en ella se mueren las semillas
y el verde es el recuerdo de un pájaro insomne

En ella puse mis entrañas
para que comiera la mandrágora de tus sueños
es la casa que nos cubre del frío de nuestros propios cuerpos
donde nos miramos como fieras hastiadas de la carne
pero fieras al fin
nos damos zarpazos por el puro placer del dolor y la sangre

Esta es la casa donde tu piel muda las escamas de su ternura
donde nos miramos con los ojos cerrados

gimiendo hacia adentro
incapaces del perdón que nos cure

Esta es la casa y tú estás adentro
y yo intento entrar a pesar del rastrojo
de las espinas secas que rompen mi ropa
y van haciendo tatuajes de batallas feroces en mi piel

Esta es la casa de la que salí
sin llevarme las llaves.

Salgo de casa y siento que he olvidado algo.

Gabriela Aguirre

Salgo de casa y siento que he olvidado algo
hay calambres en mi mano como hace años
cuando el agua se llevaba a partes iguales
mi vanidad y mi tristeza
Pero mis manos van vacías
mis oídos no distinguen si estoy sorda
o habito el silencio

Y siento que he olvidado algo
en mi garganta algunas letras entran en desuso
No voy ligera sino hueca
extraída
Que nada se acomoda
ni en mi paso
ni en la hoja.

Intento desandar las horas
volver sobre la redondez de mis palabras

Regresar sin recuerdos a la felicidad
cerrar los ojos
convertir el tiempo en una sonaja vacía.

Otro día
la campana de la basura y abro los ojos
para terminar con el engaño
de que las pastillas de anoche cumplieron su encargo

Repasar las mismas hojas
con el lápiz azul y rojo
con que mi estado de ánimo califica mis aciertos

Salir a las calles adoptadas
los tropiezos como única forma de acercarme al otro
envejecer cada noche frente al immaculado espejo

De nuevo las pastillas
y la campana insobornable
que me recuerda que no he dormido.

El polvo en las ventanas se resiste a irse
los vestidos miran desconfiados la maleta
No hubo oportunidad para el recuerdo
fuimos breves
verbo a destiempo

Sólo hubo finales
andamios titubeantes en mi vientre
hojarasca
como señal de un reino fértil.

Dónde no estás
ni te nombran
y tu ambición cabe sin limaduras en los bordes de una hoja

Dónde mis palabras encuentran la clave que desmienta su locura
y no busco loca y seca
las esquirlas de un amor

No voy hacia ti
camino de espaldas a tus ojos
y adiestro cuervos que castiguen tu imagen

No voy hacia ti
tú no existes más que a mi interior
capitán de una nave
sangre adentro de mi sangre
estela de arsénico que alimenta los peces del odio

Sítias mi ciudad con cuatro torres de silencio
pones herrajes a mi deseo
y sé que desconoces mi nombre

No voy hacia ti
no podría.

Sólo he tenido espejos
heredados o víctimas de la ebriedad de mi tacto

He llegado a pensar que las grietas y los accidentes
son producto del espanto
que llegan a mí muertos de miedo
temblorosos
o que las cosas son según el dueño
yo fragmentada
llena de picos que hieren a los que incautos se asoman

Siempre mutilados
desquebrajados
pedacería de autorretratos
estriados como yo en el deseo insatisfecho
Frente a sus pupilas rotas
mi rostro.

No sé de qué más hablar
no conozco bien otro tema
o quizá sea que lo ignoro todo
y por eso escarbo y vuelvo otra vez

Es sólo que no hay color en las venas
ni un oído dispuesto
y tengo que ponerlo aquí
a la vista de todos los que quieran verlo

Y hablo
de este cuerpo que ya no responde a mis mandatos
de lo que sucede lento
al interior
en descenso
sin atajos
sin paradas
y llena todos mis registros

Hablo de mí
y de la coordenada donde no estoy
de todos los trenes a los que he llegado tarde

de la melaza insoportablemente dulce que es el odio
planeado
y del rencor que engendra pájaros ciegos
en la presentida soledad de mi vientre.

INDICE

LA IMPACIENCIA DE LA HOGUERA 7

PALACIO A LAS 4 A.M. 51

Andrés Granier Melo

Gobernador Constitucional del Estado de Tabasco y
Presidente Honorario de la Comisión Organizadora para la
conmemoración del Bicentenario de la Independencia
Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana

Humberto Mayans Canabal

Secretario de Gobierno y Presidente del Consejo Consultivo
de la Comisión Organizadora del Estado de Tabasco, para la
conmemoración del Bicentenario de la Independencia
Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana

Norma Cárdenas Zurita

Directora General del Instituto Estatal de Cultura y Vocal
Ejecutivo del Consejo Consultivo de la Comisión
Organizadora del Estado de Tabasco, para la
conmemoración del Bicentenario de la Independencia
Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana

Vicente Gómez Montero

Director Editorial y de Literatura

Vicente Gómez Montero, Dirección Editorial y de Literatura;
Héctor de Paz, Departamento Editorial; Víctor Gerardo Grajeda
Vargas, Coordinación de Literatura; Francisco Magaña,
Coordinación de Talleres Literarios; Roberto Montero Félix,
Administración; Antonio Alberto Mora, Edición y Corrección;
Erik Guerrero, Diseño; Elia Hernández Hernández y Raúl López
de la Cruz, Apoyo Técnico.

Este libro se terminó de imprimir el lunes 20 de diciembre de
2010 en los talleres de Grupo Profesionales Gráficos de México
(Programa). Avenida Jardín. Número 258. Colonia Tlatilco.
Delegación Azcapotzalco. México, Distrito Federal. Código Postal
02860. Teléfonos 5355-7633 y 5355-7839. Extensión 110.

Colección
Premio Tabasco de Poesía
José Carlos Becerra:

La blancura imantada (1998)
Níger Madrigal

Mañines (1999)
Francisco Magaña

Las formas de ser gris adentro
(2000)
Jeremías Marquines

De tierra pagana (2001)
Francisco A. Murillo Cruz

Mujer de arena (2002)
Edmundo Juárez Cadena

También soy un fantasma (2003)
Álvaro Solís Castillo

Cenizas sobre fuego (2004)
Ervey Castillo

El club de la libélula (2005)
Victor Gerardo Grajeda Vargas

Atavismos del caminante (2006)
Lorenzo Morales

Las coordenadas (2007)
Jesús Reyes

Las puertas imposibles (2008)
Pablo A. Graniel

La impaciencia de la hoguera
(2009)
Beatriz Pérez Pereda

ISBN: 978-607-7758-31-0



9 786077 758310



GOBIERNO DEL
ESTADO DE
TABASCO

